

Pequeña antología de Enrique Trogal

Fragmentos de laberinto en Almería (fragmento)

(La verdad de las grúas) sobre soledades y películas

Nada más triste que la ruina de los cinematógrafos
Que yerguen su abandono en las altas callejuelas solitarios por las plazas
Mientras el sol enciende un instante
Un soplo de dulzura sobre un vano
De grotesco al paso de la sombra que cubre templos escalinatas
Miradores y aquellos salones olvidados de tesoros
Infantiles miradas que enseñan el ocaso
La soledad y su abandono en altas callejuelas y plazas
De las viejas ciudades que levantan su mirada de amor y frutas junto al
mar.
Nada más triste que la ruina de los cinematógrafos
Su efímero reinado sus galantes sueños vanidades
Tal vez sólo un adiós manuscrito de amante impaciente
Ese lento pasar la larga travesía de recodos paseos
Costanillas que huelen a mar o delgado susurro de azaleas
Y confines arcanos de avenidas azules náufrago caminar
Marinando minutos y el lugar donde una vez un viento
Benévolo soplara en las manos sin pensar en adioses
O la humedad de ciertos callejones que irán tejiendo el blanco laberinto
Donde otra vez amor se perderá sin rumbo alguno brisa ni horizonte.

Cuando el mundo es un ancho lienzo harto de pistolas
Que hablan puntas de sílex certeras de entrañas y los cuchillos milenarios
Despiertan el olor la seda la gramática luminosa
De la rubia que habíamos amado y te entrega al musgo
De los cines secretos al suave aire te rindes
Que la ciudad respira al azufre escondido de las colinas
A las fósiles alas de la brisa
Al clamor vegetal de su dolencia
Esta triste añoranza temprana de los días y las rosas ahora
Te lleva como viento y hora a otro seco desengaño
Para olvidar.

(De *Bibliografía sentimental desordenada*, Diputación Provincial de Cuenca, 1991)

Sentado en el café de nuevo espero,

Cairasco sobre el agua y las palomas
de palmeras, de grifos y de aromas
la tarde llena y da la vuelta a enero.

Las nubes su agujón suave me clavan,
componen mi ansiedad fustes, molduras,
el poeta no alivia mis torturas
pues mi espera y el deseo no se acaban.

Llegas despacio, estás aquí, al lado,

y la luz que te alumbra no es más fuerte
que la vida y el sosiego en tu costado.

Viene el sol en tu piel, me ciego al verte,
y este morir oscuro, harto y olvidado
a solas es mi forma de quererte.

Igual que una marea entra este amor,
cubre de agua, de noche y las estrellas,
atentas a porfías siempre bellas,
ya no están con la luz y su calor.

Se aparta el mar y deja su rigor
un rastro de algas secas y con ellas
conchas vacías, lágrimas, querellas,
pisadas en la sal y errante hedor.

De qué un amor así podrá estar hecho,
señales o desdenes o despojos,
una tristeza que devora el pecho.

Sin caricias ni besos, lluvias de ojos,
invierno se hace el cuerpo que, maltrecho,
sólo va de la nieve a los enojos.

Ensalmas los rastrojos:
si el amargo sabor del sueño rueda,
de ese estrago el fulgor es lo que queda.

(De *La mirada del centauro*, Tomebamba, 2010)

Cayucos en Campo Dei Frari, Venecia

(Los ojos de un joven subsahariano perdidos en un portal de la Gran Vía)

Han llegado de noche. A duras penas
avistados, apenas percibidos
entre las góndolas del río humilde
que calla sus desvelos. Embozados
de oscuridad, uncidos de miradas
salobres, los fugados sus costillas
apoyan, cansados, y sus pies de grava,
en los sólidos muros de una iglesia,
pero no lo saben. Persistentes muertos,
a la brisa nocturna su dolor
entregan y se acercan sus tritones
de hielo umbrosos a aliviar su espanto,
los árboles que hieren sus ideas,
los pedregales del paladar,
las sirenas que les muerden
por las dunas secretas del cascote

y del asfalto, todas las estrellas
extraviadas en su pelo, el miedo,
el tedio, la locura, las canciones
que comienzan a olvidar,
la piel quebrada, la agonía,
las criptas del corazón
abismado, la extrañeza,
el desamparo, el llanto,
aquella cierta soledad tan dura.

Ateridos y asustados,
sin embargo escudriñan la tiniebla,
sacuden con presteza el aire impío,
interrogan al cielo incierto, sólo
sin ansiedad preguntan dónde está
mi Mercedes. Y esperan, benditos de pocilga
e ignorancia, que sobre su cabeza
se derrame la lluvia de oro prometida.
Pero Danae sirve copas en Hamburgo
y Zeus anda preso en las galernas
de Afganistán. Y nadie se lo ha dicho.

Al otro lado de la piedra oscura
la luz lo invade todo, aire de madrigal,
dulzura del cincel en las mejillas
de Juan el bautista,

la tranquila firmeza de los príncipes
que edificaron ese vigoroso
esplendor de la república
Serenísima, la constante
armonía, el gobierno de los hombres,
la ciencia humana del saber
que se adivina en el coloquio llano
que sostienen Donatello
y Monteverdi por saber si es más
hermosa la Madonna de Bellini
o la Virgen radiante de Tiziano,
el gozo, la belleza, el equilibrio,
que iluminan la palabra,
crítica, reflexión,
y hacen a la razón alado mensajero
de la vida, el coraje, la libertad ganada,
la dignidad que cabe en una hoz
y rebosa en un verso, la miseria
rota por una estrofa redentora,
también la santidad de los contables,
los campesinos, los mineros hartos,
el orgullo de tanta áspera riña
y la historia
que al remontar umbrías ponzoñosas
con el soplo de un canto, de un acorde,
de un pensamiento, frío y piedra cambia

en catedrales y cayados, trenes,
revoluciones y hospitales, brazos,
conciencias sin ataduras,
y derechos, teatros, libros y ordenadores.

Cayucos no hay ya al alba en el río dei Frari.
Los fugitivos reptan, y se esconden
y aguantan no importa qué,
pues sueñan con el día en que entrarán
en el mísero barrio que dejaron
atrás con su Mercedes de segunda
mano y el móvil más aparatoso
para contar sus muchas oraciones
y lo mucho que comen en esta ingrata tierra
de putas, descreídos, libertinos,
y corruptos sin ley ni dios, los muchos
muros y las muchas noches, y las muchas
luces extrañas que a las gentes, que entre
ellos habitan, con gozo embelesan.

(De *Pasarela de Charing Cross*, Letrame, 2019)